

Penetrar y ser penetrada

Cristina Morales

Ser traducida es como ser penetrada por una lengua extranjera. Es un acto de fe hacia mis traductoras y traductores, al igual que siempre se trata de un acto de fe el lanzarse a los brazos de los nuevos y las nuevas amantes. Entre quienes se empiezan a acariciar no existe código compartido todavía, sólo voluntad de entendimiento. Esa voluntad de entendimiento es lo que hace que yo no lo mande todo a la mierda cada mañana que me levanto: la ciudad en la que vivo –Barcelona–, el piso que me acoge, la casa que me estoy comprando, los familiares, el banco, el notario, los aeropuertos, los hoteles, las lesiones, las drogas, la danza y, sobre todo, la escritura y la literatura todas. Solo sé y solo puedo escribir sobre amor.

Así lo decía quien fuera mi maestro cuando yo era adolescente y él acababa de cumplir treinta años: el escritor hispanoargentino Andrés Neuman. Decía Neuman: quien cree en la traducción, cree en el amor. Una vez yo le hablé de un amante mío extranjero (alemán, precisamente), de quien le dije estar locamente enamorada.

–¿Qué quieres decir con “locamente”? – me preguntó, poniendo, como todo buen maestro, el dedo en la llaga. Neuman sabía tan bien como yo que estaba empleando una frase hecha, un eufemismo, una romanticonería vacua para ahorrarme una más esforzada expresión de mis sentimientos. Pecado de escritora, esa pereza.

No recuerdo lo que le respondí al maestro, pero su certera pregunta provocó que yo me lanzara a escribir para responderla. Escribí un texto titulado [Antes loba](#) que, releído hoy (aún no está traducido), me parece extraordinariamente vigente, me veo súper lúcida en él, con la imbatible sabiduría sobre el amor y el deseo que se tiene a los veintipoquísimos años. No estoy siendo irónica.

–¿Me explicas mejor eso de que “quien cree en la traducción, cree en el amor”? – le pregunté yo a Neuman la vez que me soltó aquella máxima.

En esa época yo sólo había publicado un libro de cuentos en una pequeña editorial de mi ciudad natal y lo de que tu obra se tradujera era parte del *star system* literario, *star system* del que mi joven

maestro empezaba a ser parte. De lo que él me respondió sí me acuerdo bien. Venía a decirme que hay quien no lee obras traducidas, o las lee con gran recelo porque le parece que la esencia de la obra se pierde al ser llevada a una lengua foránea. Quien así piensa suele concebir el amor de manera también esencialista: o los seres entran en perfecta comunión entre ellos, o no se le puede llamar amor a la cosa. O los enamorados se confunden entre sí, o “se hacen uno” –otra vacua romanticonería como la mía de “locamenete enamorada” –, o eso ni es amor ni es nada.

La concepción del amor de Neuman, y ahora también la mía, se parece al acto de la traducción. La fidelidad al texto original jamás podrá ser absoluta, como jamás podrá ser absoluta la reciprocidad en el acto de amar. Los amantes son seres humanos distintos, radicalmente distintos si me apuras, al igual que las lenguas pueden ser radicalmente distintas. Incluso las lenguas que se parecen entre sí, son radicalmente distintas. Incluso los amantes que más se parecen entre sí son seres humanos radicalmente distintos. Si existe alguna esencia, es la diferencia. La traducción y el amor no es que se ocupen de disminuir esa diferencia, no, ¡al contrario!: se ocupan de hacerla brillar. Mis amadas y amados facilitan que yo sea yo misma, yo puedo ser genuina ante ellos. Ellos son espacios de libertad. El amor no anula la diferencia: la potencia y la abraza. La lengua que traduce es como el amante generoso que se abre de piernas ante la lengua traducida, es como la amante de erección dispuesta. La lengua que traduce le dice al texto original “ven conmigo, démonos eso que todavía no tenemos, confía: sólo cuando te entregas es cuando recibes”.

Leer obras traducidas es como ir a un peep show o, mejor todavía, es como ser invitada a un polvo grupal y decidir quedarse mirando, a la vez íntima y públicamente, el amor que se están dando los otros, amando y siendo amada con tu mera presencia a la vez. Yo, como escritora traducida, os invito a presenciar la sesiones de sadomaso que he mantenido con mis traductoras y traductores del alemán, del francés, del griego, del esloveno, del brasileño, del italiano, del portugués, del polaco, del inglés. Sed todas bienvenidas y bienvenidos, tenemos amor de sobra. Hay motivos para no mandarlo todo a la mierda cada vez que nos levantamos por la mañana.

Mandello del Lario, Italia, 5 de septiembre de 2022